

## *La antología como metáfora de la escritura de la historia*

LAURA PÉREZ ROSALES  
Departamento de Historia / UIA

Krauze, Enrique, *La presencia del pasado*, México, Tusquets, 2005 (Colección Andanzas), 384 pp.

La idea de que las naciones poseen un espíritu o una suerte de personalidad desde siempre se revela hoy como una concepción más cercana al romanticismo que a la labor del historiador. La función de éste no se reduce a descubrir el pasado sino a explicarlo y proporcionar un vínculo con el presente. La pregunta que el historiador se hace rebasa el *qué* sucedió para llegar al *por qué* sucedió en el pasado. En el caso de *La presencia del pasado*, Enrique Krauze reúne cinco ensayos a los que presenta como una narración *de las diversas formas en que los pasados de México* (el mundo prehispánico, la conquista, la evangelización y la época virreinal) gravitaron sobre el siglo XIX. Para mayor detalle, Krauze anuncia en el mismo preámbulo que su libro es una biografía colectiva de algunos *personajes notables* (fundamentalmente historiadores, escritores e historiógrafos), que escribieron historia, pero *en quienes la Historia, a su vez, escribía su misterioso libreto*. Anuncia además que la obra es *una historia de las ideas históricas, de las supervivencias históricas y de los procesos históricos*.

La tarea, así presentada, es ambiciosa. La revisión de los historiadores mencionados en el libro, así como la periodización del pasado mexicano, en el fondo revelan que Krauze se identifica con una

visión esencialista de la Historia. En efecto, Krauze asigna a México una identidad nacional existente desde siempre, y a partir de ello los pasados mexicanos se presentan como capítulos cerrados, cuyos cortes temporales los convierten en seres independientes. De esta manera, los pasados de México considerados en el libro —época precolombina, conquista, evangelización y virreinato— se consideran etapas escritas en un riguroso libretto, en el cual se prevé y anuncia el ser republicano del pueblo mexicano. Es decir que para el autor los grandes cortes del pasado son estadios —en un esquema casi evolucionista— que arropaban a una suerte de embrión del México republicano actual. Una afirmación desde el inicio del libro es más que contundente al respecto: *el recuerdo del mundo precolombino recogido en ellas (historias y crónicas virreinales) permanecería como testimonio inequívoco de la grandeza y complejidad de las civilizaciones prehispánicas, cimientos remotos de una futura patria independiente.*

A partir de esa premisa, Krauze acota y distribuye en cinco capítulos los periodos y escritores que considera determinantes en la escritura de la historia durante el siglo XIX mexicano. En el primer capítulo, “Devoción por la historia”, Krauze enumera las principales obras historiográficas de esa centuria, con datos biográficos de los autores más conocidos, desde Carlos María de Bustamante, José Fernando Ramírez y Joaquín García Icazbalceta hasta Manuel Orozco y Berra. A todos los caracteriza como historiadores movidos fundamentalmente por motivos *casi religiosos* y alejados del uso ideológico del pasado. Sin embargo, resulta difícil alejar o separar a Bustamante de su evidente interés por justificar el movimiento independentista, o a Ramírez u Orozco y Berra de su simpatía evidente por estimular y justificar tanto la Conquista como el mestizaje en calidad de vehículos de la incorporación de México a la cultura occidental. El problema aquí es el reduccionismo con el cual se aborda el problema y dilema político sobre la elección de un proyecto de nación y, principalmente, sobre la formación de la identidad mexicana. Krauze lo concibe como un proceso de significación en que sólo los escritores, liberales, moderados o conservadores, se construyen a sí mismos como sujetos modernos y dirigentes del futuro nacional.

Consecuente con lo anterior, Krauze elige pasajes o afirmaciones de quienes en el siglo XIX participaban de la visión esencialista, como fue el caso por ejemplo del propio Orozco y Berra, quien en su *Historia antigua y de la Conquista de México* (1881, p. 85) calificaba a Cuauhtémoc como el *indomable caudillo de la libertad nacional*.

En el segundo capítulo, el autor se propone revisar el efecto de lo que él llama *la supervivencia histórica de los indios* en la historiografía del siglo XIX. Para ello, de nueva cuenta, Krauze se propone indagar cómo afectó lo que él llama *la idea del indio histórico a la idea del indio vivo y viceversa*. Al caracterizar al indio como *idea*, es decir, al *cosificarlo*, se pregunta por la imagen del indio, es decir por la representación del indio como sujeto de estudio de laboratorio, al cual le suceden cosas, al que no se concede capacidad de autoobservación y menos de acción.

Con ese criterio, Krauze enumera algunas versiones y percepciones de los primeros y notables autores decimonónicos, cuyos horizontes culturales construyeron y ofrecieron sus diversas opiniones del *problema indio*. En otras palabras, esos autores consideraron y caracterizaron al indio como *problema*. Alejandro de Humboldt encabeza la lista de observadores, y para él sólo la igualdad civil ante la ley y el reparto individual de la tierra –entre otros elementos– podrían atenuar la desigualdad social. Le siguen la revisión de las opiniones de Lucas Alamán, José Ma. Luis Mora y Francisco Zarco. A contrapelo de la supuesta existencia de la *joven nación mexicana*, los datos mismos proporcionados por los autores revisados en el libro muestran al lector la abierta resistencia indígena a los proyectos nacionales, presentados tanto por conservadores como liberales. El odio étnico derivado entonces de la conspiración contra dichos proyectos nacionales se decantó en los diversos conflictos por la tierra entre hacendados y comunidades indígenas, en donde los primeros fueron siempre las víctimas y los segundos expresaron sus resentimientos por los agravios del pasado.

Otra faceta del debate sobre la relación entre el *indio histórico* y el *indio vivo* se presentó, según Krauze, a mediados del siglo XIX. Se trataba del *indigenismo de nuevo cuño*, cuyo representante medular fue Ignacio Ramírez, liberal puro y enciclopedista francés. A pesar

del contenido de las disposiciones liberales en contra de la propiedad indígena de corte comunitario, Krauze caracteriza a Ramírez como el representante de la redención del indio. Hace notar, sin embargo, que ese mismo Ignacio Ramírez afirmaba despectivamente que, *más allá de su hormiguero, el aborígen no descubre sino enemigos* (p. 138). Para explicar este *aldeanismo indígena*, Krauze se identifica con las voces y visión esencialistas de los liberales del XIX: los indios se habían deslindado —o, como dice Krauze— *sustraído del orden nacional* que la Independencia había reforzado (p. 138). Si los indios se habían sustraído al *orden nacional*, ¿en dónde estaban antes? ¿A cuál *orden nacional* se refiere Krauze? Naturalmente, al que sólo existía en la concepción y mundo de los liberales, reflejado ello, principalmente, en el Constituyente de 1857.

El capítulo tercero se dedica a revisar la forma en que se han construido las imágenes de sucesos y personajes considerados por Krauze medulares en la *historia nacional mexicana*: la Conquista, Hernán Cortés, Cuauhtémoc, Moctezuma, la Malinche y Nuño de Guzmán. De nueva cuenta, el autor recurre a los autores, virreinales y de la vida independiente, tanto liberales como conservadores, partícipes todos de la pequeña aunque sólida elite intelectual, quienes a través de crónicas e historias construyeron sus diversas versiones del papel e influencia de esos personajes en la conquista del territorio americano. Este asunto es fundamental, pues le servirá a Krauze para ubicar el nacimiento de *la mexicanidad*. En efecto, el autor se pronuncia por elegir la conquista como el mito fundacional de la identidad nacional mexicana. El botón de muestra, el autor idóneo elegido por Krauze para exponer esta versión, no es un personaje cualquiera sino el historiador, hacendado y ferviente católico criollo Joaquín García Icazbalceta. El calificativo de Krauze es revelador y contundente: García Icazbalceta es *el salvador historiográfico de México*.

A pesar de la revisión de autores y textos que dan cuenta del enfrentamiento social, étnico y económico —en ocasiones claramente irreconciliable— entre los diversos grupos que poblaron el territorio de la Nueva España-México, el cuarto y último capítulo se ocupa del análisis del mestizaje, considerado como *convergencia cultural*. Este

mestizaje, caracterizado por el autor como la combinación de prácticas y estilos del pasado indígena y de la monarquía española, encontró en Porfirio Díaz a uno de sus mejores exponentes. Una definición más del mestizaje: *reconciliación* de los mexicanos, de los liberales con los conservadores, de los liberales con su catolicismo. El final, sin embargo, parece echar por tierra lo anterior cuando afirma que estos miembros selectos y medulares del mestizaje mexicano, pertenecientes a la intelectualidad porfirista, fueron los representantes *de un sueño imposible*, el de la concordia histórica de México.

La lectura de *La presencia del pasado* sugiere o muestra las predilecciones de su autor. Así, el libro se explica como una antología, y como tal es un buen ejemplo de las preferencias y exclusiones del autor, así como de su concepción de la escritura de la historia y de su familiaridad con el periodo que analiza. Sólo así se entiende que en su libro no incluya a otros autores fundamentales—liberales o conservadores— como Luis Gonzaga Cuevas, Francisco de Paula Arrangoiz, José Ma. Lafragua, Juan Evaristo Hernández y Dávalos, etcétera. No explica la exclusión de estos autores ni de la predilección por los incluidos en el texto. En otras palabras, *La presencia del pasado* nos da a conocer aspectos sobresalientes de su autor, particularmente de su estilo personal de concebir y escribir la historia, lo cual a su vez nos permite conocer su ejercicio analítico y crítico. Tal pareciera que su selección de historiadores, de historias y crónicas presupone que sólo a través del estudio de algunos que escribieron las versiones dominantes de la historia, de los que concentraron el poder, es posible el conocimiento histórico. En buena medida, se trata de un libro en donde la actitud romántica, la búsqueda de actores que se salvan y se condenan, de héroes, de la superioridad de algunos, hace que su lectura sea redundante. Esta preferencia y estilo de pensar la historia no son nuevos en Krauze. Ya lo había mostrado desde sus obras *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, *Siglo de caudillos*, *Biografía del poder* y *La presidencia imperial*.

El asunto aquí no es cuestionar el análisis de la historia o de la visión de los poderosos o —como se decía en el siglo XVIII— de los *principales*, sino presentar sus versiones como las más acabadas o como las únicas

en la compleja urdimbre de la escritura de la historia. Una parte no explica el todo.

El actor ideal que los historiadores del siglo XIX soñaron con generar siempre fue un ser angelical, y como tal se queda atrapado en el texto. Es una lástima que en el texto que propone Krauze sobre la escritura de la historia en el siglo XIX esté ausente toda esa fuerza que nos impulsaría a conocer y explicar las circunstancias que dan sentido a tal escritura. De hecho, debemos aceptar las imágenes creadas por los escritores del siglo XIX, casi máscaras míticas fijas sobre el rostro de militares, eclesiásticos, políticos, caudillos, etcétera, que han acabado convirtiéndose en los héroes de la llamada *Historia patria*, creados por historiadores que se resisten a explicar el pasado. La exaltación de estos hombres-héroes tiene en este libro un monumento similar a los que se construyeron el siglo pasado para presentar a los campeones de la historia. Más que un análisis histórico, el texto es un elogio a la alegoría como camino simbólico de la representación. No importa que los historiadores del siglo XIX hayan generado esas imágenes desde las tribunas o desde los gabinetes partidistas del interés político, pues éstas acaban encarnando la tradición del paisaje romántico sin verse superados por una lectura contingente. Quienes más elementos de comprensión y análisis debían arrojar sobre el pasado para explicarlo, no para exaltarlo, acaban en un texto que aspira más a relato literario o vida ejemplar que a texto insubordinado y explicativo, nunca dispuesto a dejarse atrapar en la oscuridad de la retórica o en la esclavitud de la ideología. 